EDITORIAL
ROSAMERÓN

Despertar del olvido

EL DECISIVO PAPEL DE LAS MUJERES ESPAÑOLAS EN LAS INDIAS

LOLA HIGUERAS

Índice

Introducción. El reencuentro | 15

Primera parte. El viaje

1. Sevilla, puerto hacia el infinito | 25
2. La navegación oceánica. Un infierno entre olas y estrellas | 61
3. Tierra a la vista. Los caminos reales y el encuentro con la naturaleza americana | 99

Segunda parte. La estancia

4. Espacios y vidas de la mujer española en las Indias en el siglo XVI | 115
5. Guerreras y conquistadoras. Con espada y rodela | 129
6. Exploradoras y fundadoras de ciudades | 139
7. Encomenderas y emprendedoras por cuenta propia | 177
8. En la élite social: virreinas, gobernadoras y adelantadas | 193

9. Enseñantes. La educación de las niñas indígenas y mestizas | 219
10. Los conventos de monjas españolas y otras instituciones de solidaridad y acogida | 229

Conclusiones | 245
Agradecimientos | 249

Las virreinas. Consortes de los virreinatos de Nueva España y Perú en el siglo XVI | 251
Notas | 257
Bibliografía | 263

INTRODUCCIÓN

El reencuentro

«Todo se hunde en la niebla del olvido,
pero cuando la niebla se disipa,
el olvido está lleno de memoria».

MARIO BENEDETTI

EN LOS ALBORES DE LA EDAD MODERNA, España inició una fabulosa aventura náutica: la navegación oceánica. Aventura imposible pero necesaria para alcanzar la tierra prometida, la última frontera de una tierra inmensa y desconocida que nombraron «las Indias»; aterradora en sus dimensiones, con desiertos gigantescos y feroces y caudalosos ríos como mares, impresionantes e insalvables cordilleras, así como una fauna y una flora totalmente desconocidas para el europeo.

A estas tierras habitadas por indígenas de diversas razas, culturas, religiones y lenguas llegaron los primeros españoles, que, aun siendo muy pocos, establecieron alianzas con diversas tribus lugareñas para desplazar a las culturas

dominantes, iniciando una penosa conquista de los territorios de esas Indias ignotas y lejanas.

En un primer momento se establecieron en esas tierras solo hombres, supervivientes de penosas navegaciones y duros combates, pero muy pronto la mujer hizo acto de presencia en esta colosal aventura humana. Por razones muy diversas, ellas cruzaron el océano en épocas muy tempranas desde 1492, primero a las islas y pocos años después, estabilizada la conquista de los territorios, a tierra firme, sobre todo a Nueva España y a Perú, polos del desarrollo más potente tanto demográfico como económico.

Tanto la mujer indígena como la española jugaron un papel capital en la nueva y peculiar sociedad indiana, dando lugar a un vital mestizaje étnico y cultural que será el signo más característico y vivificante de este prodigioso encuentro humano a principios del siglo XVI. Como afirma el gran historiador Felipe Fernández Armesto, tras la ancestral dispersión del género humano desde África que dio lugar a las diversas razas, culturas, lenguas e idiosincrasias extendidas por todo el planeta, el siglo XVI, la era de los grandes descubrimientos, fue también la del «reencuentro» de la diversidad humana y la fusión de lo distinto y lo diverso, y España tuvo un papel muy protagonista en este acontecimiento.

Descubrimiento es un término ambiguo y aun desacertado si no se matiza. R.L. Stevenson nos dejó una sentencia muy sabia: «No hay tierras extrañas, quien viaja es el único extraño». Los amerindios, los polinesios, los filipinos y tantos otros aborígenes habitaban sus tierras, navegaban sus mares y se relacionaban entre sí muchos siglos antes de que

los europeos los «descubriéramos». Eran extraños tan solo para la mirada del hombre blanco; tan extraños como lo fueron sin duda los europeos para los aborígenes que poblaban las tierras y los mares que aquellos creyeron descubrir. Para el hombre blanco fue sin duda un gran descubrimiento, pero en realidad el término más matizado para incluir a ambas partes —autóctono y visitante— sería el de *reencuentro*.

La expansión española en ultramar, según Pierre Chaunu, alcanzó entre 1492 y 1600 más de tres millones y medio de kilómetros cuadrados. Casi la totalidad de América, hasta California y el Pacífico, fue explorada, descrita y cartografiada en apenas un siglo, revelando a la Europa renacentista la imagen de un inmenso territorio hasta el momento desconocido.

No obstante, ¿acaso esta colosal expansión la llevaron a cabo solo hombres? Nada más lejos de la realidad. Cientos de mujeres españolas de toda condición, aunque de cierto rango muchas de ellas, llegaron a la América insular y continental desde los primeros años del siglo XVI. Tras sortear penosos viajes transoceánicos, atravesaron territorios desconocidos e inhóspitos, terribles desiertos e inexpugnables selvas; algunas para reencontrarse con sus esposos, otras para habitar pequeñas poblaciones recién fundadas o simplemente buscando un matrimonio ventajoso, movidas por el humano deseo de prosperar. Todas ellas escribieron una epopeya de colosales dimensiones que pretendemos presentar al lector. Estas mujeres de gran fortaleza moral, asistidas por una indudable capacidad para soportar la adversidad, llegaron a destacar en la joven y peculiar sociedad